

**LA GENEROSIDAD Y LA PACIENCIA QUE ES
NECESARIO APRENDER A LOS PIES DE JESUS
CRUCIFICADO**

Abril, 1-1881

Mis queridas Hijas:

Dijimos la última vez, que es necesario aprender la generosidad en el servicio de Jesucristo crucificado y en la meditación de su Pasión. Sin embargo, no os dije, sobre todo, todo lo que pensaba deciros. Hoy lo recordaré, aunque mi intención es hablaros de la paciencia. No obstante la transición me será más fácil, porque la generosidad siempre conduce a la paciencia.

✠

Sin duda, todas habéis leído ese hermoso sermón de Bossuet, donde dice que a medida que pedían a Nuestro Señor alguna cosa, El la daba. Realmente parecía que Nuestro Señor voluntariamente se había despojado del derecho y del

poder, que, naturalmente, tenía de sustraerse a todos esos grados de inaudita humillación a que se redujo. Se abandona a todas esas oleadas de dolor, a esos estremecimientos de miedo, de angustia, que dejaba penetrar en su alma. Más tarde, cuando le piden sus manos para encadenarlas, sus espaldas para golpearlas, sus mejillas para dejarlas abofetear no rehusa nada, lo entrega todo.

Tenemos que volver sobre nosotras, Hermanas mías, y comprender que la generosidad que se aprende sirviendo a Cristo, consiste precisamente en dar lo que se nos pide: venga directamente de Dios o por conducto de las criaturas. Todas llegaremos al último instante de nuestra vida y creedme, nada lamentaremos tanto como el no haber aprovechado las ocasiones que tuvimos de darnos. ¿Fue una injusticia, un desprecio, una contrariedad, un mandato muy opuesto a nuestra voluntad: todas estas cosas debieran hacernos dar a Dios lo que esperaba de nosotras, y si no supimos aprovecharnos tendremos un inmenso pesar. Después de todo somos cristianas; estamos en el convento, en cierto modo, para que Dios y las Hermanas golpeen sobre nosotras. Recordad lo que se dice en el himno de la Consagración:

Serán admitidos en la Jerusalén celestial, aquellos que hubiesen aceptado la preparación que se hace en la tierra y que a fuerza de martillazos hubieran sido destrozados, taladrados, pulidos, para ser dignos de penetrar en la estructura de esta santa ciudad.

Dice San Juan de la Cruz, que en Religión estamos varios reunidos para que los unos ayuden a los otros a santificarse. No volváis esto sobre los demás para decir: *Pero esta hermana, ¿se santifica ella...? ¿Aprovecha en esto o en aquello...?* Exceptuando las Superioras, nadie debe tener esta preocupación. Las Superioras están obligadas a saber si cada una aprovecha las pruebas y contradicciones que recibe; pero las Hermanas sólo deben pensar en tener los ojos fijos en Jesucristo, y por amor a Cristo, dar todo cuanto se les pidiera. ¿Se os pide vuestro tiempo? Dadlo, desde la mañana hasta la noche. ¿Es algo que particularmente os desagrada? Dadlo en seguida. ¿Es vuestro honor? Queriendo conservar su honor en religión no se harán jamás grandes progresos. Dice Santa Teresa que el honor de una religiosa es ponerse bajo los pies de todos; considerarse como la última siempre: ese honor puede conservarse. ¿Se os pide vuestra voluntad? Pero si sólo

habéis entrado en religión para renunciar a ella. ¿Es algo que particularmente contraría vuestra manera de ver en los empleos, en un arreglo, en los caracteres de las personas, con las que tenéis que convivir? Aceptarlo todo con amor. Después será todo vuestro ser el que debe purificarse y esto es más duro de practicar; pero para enseñarnos a hacerlo quiso Nuestro Señor tomar para sí los dolores y angustias de la tristeza y la vergüenza y amarguras que merecía el pecado. ¿Qué más? Todavía tenéis inclinaciones: la inclinación de hablar, de haceros querer, de querer siempre tener razón, y esto es precisamente lo que hay que dar; ahí está la generosidad. La generosidad se practica siempre que se da algo que nos han pedido. Leemos en la vida de los santos que aquellos que vivían en una posición que les permitía practicar el bien no rehusaban jamás la limosna a un pobre, y algunos, no pudiendo dar más, porque todo lo habían distribuido, sentían pena e inquietud. Esto fue lo que impulsó a San Eduardo a dar su magnífico anillo que usaba como signo de su dignidad real.

En cuanto a nosotros, no tenemos bienes temporales que dar, pero tenemos bienes íntimos; nosotras mismas: todo lo que somos, todo lo que

deseamos; de todos estos dones disponemos. También tenemos nuestro cuerpo con la variedad de sufrimientos que Dios nos envía. Un día es un sufrimiento y otro día es otro. Y, por último, nos pedirá nuestra vida: démosla con alegría. Es eso lo que Jesucristo ha dado por nosotros.

Si nos superamos de este modo, en todas las cosas, llegaremos fácilmente a la paciencia. Ser paciente es soportar y es sufrir. Nunca se ha dicho de una persona: *¡Ah, qué paciencia demuestra!*, si está rodeada de todas las satisfacciones y de todos los placeres que ofrece el mundo. Sólo se dice que una persona es paciente cuando sufre y sabe soportarlo. Era necesario que alguna parte de los dolores de Jesucristo llegase hasta nosotros, para que pudiésemos volvernos pacientes. Si la paciencia es la obra perfecta, *opus perfectum*, nos es necesario practicarla todos los días de nuestra vida y únicamente en Jesucristo crucificado encontraremos la fortaleza y el modelo.

¡Qué paciencia la de Nuestro Señor! Miradle y admirad su paciencia en medio de los sufrimientos del camino de la cruz; va a la muerte a través de todas las injurias de un populacho furio-

so. Encuentra a su Madre, cuyo dolor recrudece el suyo y cae bajo el peso de la cruz dejando en la piedra, menos dura que el corazón de los hombres, la huella de su sagrado Cuerpo. Pues bien, Hermanas mías, cuantas veces tengáis algo que dar, algo que sufrir o soportar, siempre debéis estudiar este divino modelo.

Unánimemente dicen todos los santos que el saber soportar, saber morir a sí mismo, saber anonadarse, saber ser tenido por nada, es la ciencia suprema, es la ciencia del Crucificado. Esta ciencia es necesario aprenderla, Hermanas mías, y os diré para animaros que un alma generosa siempre llega a ser paciente. En consecuencia, un alma ardiente que quiere darse hace grandes esfuerzos. Puede tener algún sobresalto, no dominar los primeros movimientos, pero si los domina, y entrega de corazón lo que se le ha pedido, llegará, por fin, a dar a Dios todo: su salud, su vida, sus contrariedades, sufrimientos y hasta su misma muerte.

Morimos todos los días, y como dice San Gregorio: *El Señor viene, cuando el día de nuestro juicio se aproxima. Hiere, cuando nos advierte por los sufrimientos de la enfermedad que nues-*

tra muerte se acerca. Hay muchas almas que ven eso con deleite y que a medida que Jesucristo llama y hace extinguir alguna cosa de este cuerpo, que es obstáculo entre El y nosotras, cantan ¡Alleluia! ¡Hosanna!, no sólo con los labios, sino con palabras de agradecimiento y amor.

He podido comprobar esto junto al lecho de muerte de algunas hermanas nuestras. Es una de las consecuencias de haber meditado mucho la Pasión de Nuestro Señor. Una religiosa, muerta en olor de santidad, meditando así todas las circunstancias tan dolorosas de la Pasión, había aprendido a darse con dulzura y paciencia: *Ya no veo —decía—, pero estoy contenta porque doy mis ojos a Dios; no puedo moverme, estoy reducida a la impotencia de un niño recién nacido, pero doy a Dios esta impotencia de todo corazón.* Es así como debemos proceder cuando nos sentimos más débiles, más extinguidas, más impotentes; pero para llegar es necesario a menudo volver a mirar la paciencia de Jesucristo en medio de los sufrimientos.

Meditad su paciencia cuando recibe las injurias y las bofetadas; cuando le conducen a Pilatos, a Herodes y es tratado como un loco; cuando

le presentan a ese populacho, cruel, que prefiere a Barrabás; cuando le suben al Calvario, en medio de toda clase de ignominias. Ved, además, su paciencia en los horribles dolores de la crucifixión. ¿Qué hay que pueda compararse a esos clavos que se hunden en sus manos y en sus pies? A esa sangrienta y cruel inmovilidad hasta exhalar el postrer aliento: abandonado de su Padre e insultado por la plebe. En tiempos de fe y en los países de fe, no era raro ver, hasta en sencillos cristianos, que para soportar grandes sufrimientos buscaban su fortaleza en la meditación de la Pasión de Jesucristo.

Recuerdo haber visto en Lorena pobres gentes abrumadas de llagas, de enfermedades, en medio de una gran miseria y responder sencillamente, cuando se les compadecía: *Pero Nuestro Señor ha sufrido mucho más.* Esa debería ser nuestra respuesta, siempre que tenemos alguna pena insignificante, algún pequeño disgusto, alguna contrariedad que vencer: *Nuestro Señor ha sufrido mucho más.* Si los sufrimientos llegan a ser muy grandes, aún así debemos consolarnos, pensando en la hiel y el vinagre, que para saciar su sed dieron a Cristo en la cruz. Aunque estemos poco atendidas, la cama en la que sufrimos, no es una

cruz muy dura: algunas Hermanas nuestras decían esto en sus últimos momentos.

Sor Françoise Elisabeth, reducida a no poder hacer un solo movimiento por el excesivo dolor, me decía: *Esto me recuerda siempre lo que consideré en el crucifijo como más doloroso; la inmovilidad en la cruz.* Cuando el dolor llega a este extremo se puede gemir, se puede decir: *Sufro mucho, pero lo acepto por ser voluntad de Dios.* Y, creedme, Hermanas, para llegar a tener esta paciencia en los últimos momentos es necesario acostumbrarse a ser paciente en las mil insignificantes contrariedades de la vida.

Se cuenta en la vida de San Vicente de Paul, que habiendo sido importunado hasta seis veces seguidas para una cosa completamente inútil, respondió tan suavemente la sexta vez, como la primera. Esto no es el resultado de una virtud pequeña. Y vosotras, que os ocupáis de las niñas, encontraréis muchas ocasiones de esta especie. Las contrariedades que soportáis junto a las niñas son de dos clases: o bien las niñas se rebelan, se niegan a obedecer, o bien el juicio que forméis sobre ellas no está de acuerdo con el de las otras, y vuestras ideas de consideración o de severidad para tales o cuales caracteres son absolutamente opuestos a los de vuestras Hermanas. Es ahí donde la paciencia debe siempre vencer. Recordad que se hace un mayor bien a las niñas, donde no existe el menor desacuerdo.

No es necesario que todas las cosas estén perfectamente arregladas y dirigidas, pero sí es muy necesario que las niñas vean la íntima unión de perfecta caridad, que las maestras tienen entre ellas. Todo esto supone paciencia, generosidad para darse, para sacrificar su manera de ser, para manifestar siempre dulzura e igualdad. Cuántas veces he oído decir: *No puedo soportar esto.* Y es precisamente *esto* lo que hay que dar a Dios. Os pide este grano de arena y contra él os estrelláis. He conocido personas para quienes el ruido de un piano era este grano de arena. Hay muchos otros; pero como no quiero entrar en detalles cada una de vosotras buscará en ella misma lo que debe aceptar, lo que debe dar, en qué debe ser paciente, para seguir a Nuestro Señor Jesucristo. Aprended a responder, como la pobre gente de Lorena: *Nuestro Señor sufrió mucho más; lo que yo sufro no es nada si se compara con lo que sufrió Cristo.* Así santificaron por la paciencia los dolores que debían conducirles al cielo.